



EL VALOR PERENNE DEL EVANGELIO

SALVATORE GAROFALO

El Fundador del Opus Dei, jugando con su apellido, repetía a menudo: *Escrivá escribe*, y como escritor es de excelente calidad por el vigor y la claridad de su pensamiento, por su fuerza de comunicación inmediata y atrayente. A causa de su «género literario» propio, las *Homilias* ofrecen un material más útil y rico. En *Camino*, *Surco* y *Forja* los pensamientos son breves y densos, pero fuera de un contexto más amplio; en *Santo Rosario* y en el *Via Crucis* las elevaciones, henchidas de *pathos*, se desarrollan a menudo en una atmósfera de pura y esencial contemplación; en las entrevistas y en los discursos académicos las preguntas y las circunstancias lo mantienen frenado.

En las homilias, sin embargo, se distiende, prolonga sus pensamientos desarrollándolos a su gusto, y, puesto que consisten en un hablar a sus hijos de corazón a corazón, en la presencia de Cristo, es más fácil sorprender en ellas momentos de abandono sobrenatural, que desvelan su rostro interno. Lo que más impresiona en estos escritos es la sorprendente riqueza de variaciones sobre los temas. Repitiendo en sustancia las mismas cosas, el autor logra ser siempre nuevo, alcanzando una plenitud desbordante de pensamiento y de sentimientos, que son fruto de al menos medio siglo de reflexión y de enseñanza. La facundia, sin embargo, no se rebaja nunca a ejercicio de pura elocuencia. La intensidad de su vida espiritual aflora en cada página y las confidencias no derivan jamás en apología del autor, el cual nunca toma actitud de modelo.

El día en que sea posible disponer de la gran mole de sus escritos inéditos, se podrá valorar plenamente la posición privilegiada que Mons. Escrivá ocupa en la historia de la espiritualidad de nuestro tiempo y de los tiempos venideros¹.

1. En las referencias a los textos citamos, para *Camino*, *Surco* y *Forja*, los números marginales de cada uno de los puntos. También preferimos citar los números



1. El carisma de Josemaría Escrivá

De la lectura de sus escritos se desprende con plena evidencia que Mons. Escrivá es consciente de la originalidad de su inspiración de fondo, que se entreteje con los acontecimientos de su entera vida y con sus obras.

En una entrevista de 1967² afirma que desde la edad de 15 años, en 1917, presentía algo nuevo; en 1947, comentando el episodio evangélico del ciego Bartimeo³ escribe: «No puedo dejar de recordar que, al meditar este pasaje muchos años atrás, al comprobar que Jesús esperaba algo de mí —¡algo que yo no sabía qué era!—, hice mis jaculatorias. Señor, ¿qué quieres?, ¿qué me pides? Presentía que me buscaba para algo nuevo y la frase **Rabboni, ut videam** —Maestro, que vea— me movió a suplicar a Cristo, en una continua oración: Señor, que eso que Tú quieres, se cumpla»⁴.

Mons. Alvaro del Portillo, narrando el origen de la inspiración de Escrivá, transcribe una larga serie de textos inéditos⁵ que constituyen la más explícita y completa confesión. En ellos aflora una idea correcta y precisa de su carisma, de cuya autenticidad sólo ofrecen indicios los textos hasta ahora publicados.

«Me hizo nacer en un hogar cristiano como suelen ser los de mi país, de padres ejemplares que practicaban y vivían su fe, dejándome en una libertad muy grande desde chico, vigilándome al mismo tiempo con atención. Trataban de darme una formación cristiana... Todo normal, todo corriente, y transcurrían los años. Yo nunca pensé en hacerme sacerdote, nunca pensé en dedicarme a Dios. No se me había planteado el problema, porque veía que eso no era para mí. Más aún: me molestaba el pensamiento de poder llegar al sa-

marginales, que subdividen los textos en párrafos, permitiéndo así encontrar el pasaje en cualquier edición, en el caso de *Via Crucis, Es Cristo que pasa, Amigos de Dios y Conversaciones*. Por otra parte, tiene excepcional interés para nuestros fines la obra colectiva *Mons. Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona 1982, 497 pp. Este volumen recoge valiosas contribuciones y ofrece una bibliografía razonada sobre las obras de Josemaría Escrivá y los estudios sobre el Opus Dei. Está precedido por un inédito de Escrivá (pp. 21-27), transcripción de un discurso del 19 de marzo de 1975 con ocasión de un encuentro con miembros de la Obra, tres meses y pocos días antes de su muerte (26 de junio de 1975). En el volumen titulado *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona 1976, es fundamental el artículo *Instrumento de Dios* (pp. 15-60) de Mons. Alvaro del Portillo, sucesor del Fundador y actual Prelado del Opus Dei.

2. *Conversaciones*, n. 17.

3. Mc 10, 46-52.

4. *Amigos de Dios*, n. 197; subrayado nuestro.

5. Cfr. *Instrumento de Dios*, o.c., pp. 27-29.



cerdocio algún día. Amaba mucho a los sacerdotes, porque la educación que recibí en mi casa era profundamente religiosa; me habían enseñado a respetar y a venerar el sacerdocio, pero esa vocación no era para mí; estaba convencido de que era para otros. Pero el Señor iba disponiendo el terreno, me iba dando una gracia tras otra, pasando por alto mis defectos, mis errores de niño, mis errores de adolescente.

Poco tiempo después vinieron las primeras manifestaciones del Señor: aquel barruntar que quería algo de mí. El Señor me fue preparando a pesar mío, con sucesos aparentemente inocentes, de los que se valía para despertar en mi alma una sed insaciable de Dios. Acuden a mi pensamiento tantas manifestaciones del amor de Dios, en aquella época de mi adolescencia, cuando barruntaba que el Señor esperaba algo de mí, algo que yo no sabía lo que era. Sucesos y detalles ordinarios, —como os decía, aparentemente inocentes—, de los que El se servía para meter en mi alma una inquietud divina. Por eso he entendido muy bien aquel amor, tan humano y tan divino, de Teresa del Niño Jesús, que se conmueve cuando entre las páginas de un libro asoma una estampa con la mano herida del Redentor. También a mí me han sucedido cosas de ese estilo, que me removieron y me llevaron a la Comunión diaria, a la purificación, a la confesión y a la penitencia.

Tenía yo catorce o quince años cuando comencé a barruntar el Amor, a descubrir que el corazón me pedía algo grande y que fuese Amor. Entendí con claridad que Dios quería algo, pero —insisto— no sabía qué era. Por eso hablé con mi padre, diciéndole que había decidido ser sacerdote. Fue la única vez que yo he visto lágrimas en sus ojos. Me respondió: mira, hijo, ese programa es un ideal muy serio que exige heroicidad y renuncia, la determinación de buscar la santidad y —piénsalo—, si no vas a ser un sacerdote santo ¿por qué quieres serlo? Pero no me opondré a lo que deseas. Y me presentó a un amigo suyo sacerdote, para que me orientara⁶.

Aquello no era lo que Dios me pedía, y yo me daba cuenta: no buscaba ser sacerdote por ser sacerdote ¿por qué me lancé por ese camino?, porque creí que era más fácil cumplir una voluntad de Dios que no conocía... la barruntaba, pero no sabía lo que era, y no lo supe hasta 1928. Y yo, medio ciego, siempre esperando el porqué: ¿por qué me hago sacerdote? El Señor quiere algo, ¿qué es? Y cogiendo las palabras del ciego de Jericó, repetía: **Domine ut videam! Ut sit! Ut sit!** Que sea eso que Tú quieres y que yo ignoro. Yo no sabía lo que Dios quería de mí, pero era —evidentemente— una elección. Ya

6. Este pasaje se encuentra casi idéntico en el texto inédito publicado en el volumen citado de la Universidad de Navarra, p. 21.



«vendría lo que fuera... De paso me daba cuenta de que yo no servía para nada y hacía esa letanía que no es de falsa humildad, sino de conocimiento propio: no valgo nada, no tengo nada, no puedo nada, no soy nada, no sé nada»⁷.

«De aquella pobre criatura que no se dejaba trabajar, quería hacer la primera piedra de esta nueva arca de la alianza, a la que vendrían gentes de muchos rincones, de muchas razas, de todas las lenguas. Era preciso triturarme, como se machaca el trigo para preparar la harina y poder elaborar el pan; por eso el Señor me zarandeaba en lo que más quería...: ¡Gracias, Señor! Eran hachazos que Dios Nuestro Señor daba, para sacar —de ese árbol— la viga que iba a servir, a pesar de su propia debilidad, para hacer su Obra. Yo, casi sin caer en la cuenta, repetía: **Domine, ut videam! Domine, ut sit!** No sabía lo que era pero seguía adelante adelante, con mi pobre correspondencia a la bondad de Dios, esperando lo que más tarde habría de recibir: una colección de gracias, una detrás de otra, que no acertaba a calificar y que llamaba operativas, porque de tal manera dominaban mi voluntad que casi no tenía que hacer esfuerzo»⁸.

«El Señor me ha tratado como un niño: si, cuando recibí mi misión, hubiera llegado a darme cuenta de lo que me iba a venir encima, me hubiera muerto. No me interesaba ser fundador de nada. Por lo que a mi persona y a mi trabajo se refería, siempre he sido enemigo de nuevas fundaciones. Porque todas las antiguas fundaciones, lo mismo que las de los siglos inmediatos, me parecían actuales. Ciertamente nuestra Obra —la Obra de Dios— surgía para hacer que renaciera una nueva y vieja espiritualidad de almas contemplativas, en medio de todos los quehaceres temporales, santificando todas las tareas ordinarias de esta tierra: poniendo a Jesucristo en la cumbre de todas las realidades honestas en las que los hombres están comprometidos, y amando este mundo, que huía del Creador.

El Señor, que juega con las almas como un padre con sus niños pequeños —*ludens coram eo omni tempore, ludens in orbe terrarum* (Prov. VIII, 30); jugando en todo tiempo, jugando por el orbe de la tierra—, viendo en los comienzos mi resistencia, y aquel trabajo mío entusiasta y débil a la vez, permitió que tuviera la aparente humildad de pensar —sin ningún fundamento— que podía haber en el mundo instituciones que no se diferenciaron de lo que Dios me había pedido. Era una cobardía poco razonable, la cobardía de la comodidad, y simultáneamente una confirmación de que no me interesaba, hijos míos, ser fundador de nada. Con esa repugnancia a ser fundador, a pesar de

7. *Instrumento de Dios*, o.c., pp. 27-29.

8. *Ibidem*, pp. 30-31.

contar con abundantes motivos de certeza para fundar la Obra, me resistí cuanto pude: sírvame de excusa, ante Dios nuestro Señor, el hecho real de que, desde el dos de octubre de 1928, en medio de esa lucha mía interna, he trabajado por cumplir la Santa Voluntad de Dios, iniciando la labor apostólica del Opus Dei. Han pasado unos años y veo ahora que quizá dejó el Señor que padeciera entonces esa completa repugnancia, para que tenga siempre una prueba externa más de que todo es suyo y nada mío»⁹.

«Desde ese momento —2 de octubre de 1928— no tuve ya tranquilidad alguna, y empecé a trabajar, de mala gana, porque me resistía a meterme a fundar nada; pero comencé a moverme, a hacer: a poner los fundamentos.

Me dediqué a trabajar, y no resultaba fácil: se escapaban las almas como se escapan las anguilas en el agua. Además había la incompreensión más brutal: porque lo que hoy ya es doctrina corriente en el mundo, entonces no lo era. Y si alguno afirma lo contrario, desconoce la verdad:

Tenía yo veintiséis años, la gracia de Dios y buen humor: nada más. Pero así como los hombres escribimos con la pluma, el Señor escribe con la pata de la mesa, para que se vea que es El el que escribe: eso es lo increíble, eso es lo maravilloso. Había que crear toda la doctrina teológica y ascética, y toda la doctrina jurídica. No había nada. Me encontré con una solución de continuidad de siglos. La Obra entera, a los ojos humanos, era un disparatón. Por eso, algunos decían que yo estaba loco y que era un hereje, y tantas cosas más.

El Señor dispuso además los acontecimientos para que yo no contara ni con un céntimo, de modo que también así se viera que era El»¹⁰.

A continuación daremos referencia, para cada uno de los temas fundamentales de la «nueva» espiritualidad de Josemaría Escrivá, de los pasajes de los escritos publicados que hemos hecho objeto de examen: adquieren todo su significado y toda su densidad en el contexto de los documentos hasta aquí citados.

2. Una espiritualidad antigua y nueva: el Evangelio de siempre

Mons. Escrivá ha definido su Opus Dei fundado bajo tan original inspiración divina, «viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo»¹¹.

9. *Ibidem*, pp. 32-33.

10. *Ibidem*, p. 34.

11. *Conversaciones*, n. 24; entrevista de 1967: una frase por él escrita «hace muchos años».



En una homilía de 1951 habla de «*un panorama profundo y nuevo, siendo al mismo tiempo viejo como el Evangelio*»¹². En el texto mencionado de Mons. del Portillo, citado más arriba, habla de «*una nueva y vieja espiritualidad*».

Nos parece que el Fundador se ha apresurado a comprobar directamente en el Evangelio la autenticidad de su inspiración, y nos vienen a la mente las palabras de Cristo sobre el verdadero discípulo del Reino de los Cielos, que «saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas»¹³. Fuera de la Sagrada Escritura, frecuentemente citada, no nos parece posible en absoluto hablar de verdaderas y propias «fuentes» de esta espiritualidad. Los testimonios patrísticos citados en las homilías (preferentemente los comentarios evangélicos de San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustín, San Gregorio Magno) están añadidos a las palabras recogidas directamente¹⁴.

Los autores propiamente espirituales¹⁵ y los teólogos (con preferencia Santo Tomás de Aquino, nunca autores modernos o contemporáneos) tienen más bien una función de apoyo y de ilustración que de fuente doctrinal.

Tiene gran interés el modo característico de Escrivá de utilizar los textos evangélicos, nunca citados *per transennam* o en el estado, me atrevo a decir, de lugar común, resultando así evidente la honda meditación y la atenta exploración de los pliegues íntimos de la Palabra de Dios. Sin alardes de erudición libresca hace una correcta exégesis, prefiriendo moverse en el plano psicológico. Con devota y amorosa contemplación de las palabras y de los hechos de Cristo y de los personajes evangélicos, es siempre solícito para extraer el fruto íntimo y los estímulos operativos.

Mons. Escrivá «entra» y «hace entrar» en el Evangelio¹⁶, que adquiere así su necesaria y convincente dimensión formativa, al mismo tiempo que introduce al conocimiento del misterio de Cristo y a la comunión con El. Pongamos sólo algunos ejemplos en relación con los temas fundamentales de su espiritualidad.

12. *Es Cristo que pasa*, n. 1.

13. Mt XIII, 52.

14. Cfr. el índice de los volúmenes *Es Cristo que pasa*, pp. 381 ss. y *Amigos de Dios*, pp. 351 ss.

15. Cuatro citas de Santa Teresa de Avila y dos de San Juan de la Cruz —los inevitables clásicos españoles— en el volumen *Amigos de Dios*.

16. Cfr. *Amigos de Dios*, n. 222.

Un caso particularmente brillante es la homilía del 19 de marzo de 1963, en la fiesta de San José¹⁷, que era «Padre y Señor»¹⁸ suyo y del Opus Dei: «*Tratándole se descubre que el Santo Patriarca es, además, Maestro de vida interior: porque nos enseña a conocer a Jesús, a convivir con El, a sabernos parte de la familia de Dios*»¹⁹. José era «*un trabajador, como millones de otros hombres en todo el mundo (...) en servicio de sus conciudadanos (...) sólo trabajo, todos los días, siempre con el mismo esfuerzo (...) un hombre corriente, en el que Dios se confió para obrar cosas grandes*»²⁰. El espíritu de servicio es una característica fundamental de San José, el cual cumplía la voluntad de Dios, pensaba en el bien de los suyos y de los habitantes de Nazaret, a los que resolvía los pequeños problemas con un trabajo bien hecho²¹. La suya es una vida natural y sencilla, «*no se distanciaba de sus convecinos ni levantaba barreras innecesarias*»²². La descarnada historia evangélica de San José —la angustia por la imprevisible maternidad de María, el misterio del Hijo de Dios, que nace niño inermes, obligado a esconderse de la ira de Herodes— hace resaltar su «*personalidad humana*» que «*sabe enfrentarse con los problemas, salir adelante en las situaciones difíciles, asumir con responsabilidad e iniciativa las tareas que se le encomiendan*»²³. El «*no renuncia a pensar, ni hace dejación de su responsabilidad*»²⁴; es el valor sobrenatural de «*una vida sencilla de trabajo cara a Dios, en total cumplimiento de la divina voluntad*»²⁵. Es como si dijéramos que la espiritualidad «nueva» del Opus Dei se encuentra por completo en el Evangelio, sin hacerle ninguna violencia: «*con San José, el cristiano aprende lo que es ser de Dios y estar plenamente entre los hombres, santificando el mundo. Tratad a José y encontraréis a Jesús. Tratad a José y encontraréis a María*»²⁶.

Los personajes del Evangelio, con sus vicisitudes, sus intervenciones, sus interrogaciones, permiten de hecho alcanzar a Cristo, el divino Modelo²⁷. «*Las relaciones delicadas y afectuosas*» de José con Jesús nos permiten comprender que «*la vida interior no es otra cosa que el trato asiduo e íntimo*

17. *Es Cristo que pasa*, nn. 39 ss.

18. En el volumen de la Universidad de Navarra, p. 23.

19. n. 39.

20. n. 40.

21. Cfr. n. 51.

22. n. 53.

23. n. 40.

24. n. 42.

25. n. 44.

26. Final de la homilía, n. 56.

27. Cfr. *Amigos de Dios*, nn. 216, 222.



con Cristo para identificarnos con El»²⁸. También en *Santo Rosario* y en el *Via Crucis* este entrar en los personajes evangélicos guía la meditación de casi todos los «misterios» y las «estaciones». El mismo Escrivá ha formulado en teoría, podría decirse, su método de lectura: «Yo te aconsejo que, en tu oración, intervengas en los pasajes del Evangelio, como un personaje más. Primero te imaginas la escena o el misterio, que te servirá para recogerte y meditar»²⁹. Después aplicas el entendimiento, para considerar aquel rasgo de la vida del Maestro: su Corazón enternecido, su humildad, su pureza, su cumplimiento de la Voluntad del Padre. Luego cuéntale lo que a ti en estas cosas te suele suceder, lo que te pasa, lo que te está ocurriendo. Permanece atento, porque quizá El querrá indicarte algo: y surgirán esas mociones interiores, ese caer en la cuenta, esas reconvencciones»³⁰.

Gracias a este tipo de lectura se puede constatar «la perenne actualidad» del Evangelio³¹ a un nivel que no es ciertamente el de algunas «actualizaciones» del Evangelio —marginales, forzadas, cuando no son del todo extrañas al texto sagrado— practicadas hoy en determinados grupos espirituales. Respetuosa del texto y de su enseñanza, la exégesis del Fundador del Opus Dei puede definirse «de total implicación», que deja el alma saciada. Vale la pena anotar que la exégesis espiritual interesa en estos últimos tiempos también a los exégetas de profesión.

3. Temas fundamentales de su espiritualidad

a) Identificarse con Cristo

«En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió, y resucitó, y vive y permanece siempre. Pero hay que unirse a El por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya alter Christus, sino ipse Christus, ¡el mismo Cristo!»³².

28. *Es Cristo que pasa*, n. 56.

29. Viene espontáneamente el pensamiento de la *compositio loci* de las meditaciones de San Ignacio de Loyola, que sin embargo no coincide con el método de Escrivá: he aquí porque nunca es citado.

30. *Amigos de Dios*, n. 253.

31. *Ibidem*, n. 216.

32. *Es Cristo que pasa*, n. 104.



El punto de partida y de llegada es, obviamente, el Evangelio: «*Pero para ser ipse Christus hay que mirarse en El. No basta con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de El detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz.*»

Quando se ama a una persona se desean saber hasta los más mínimos detalles de su existencia, de su carácter, para así identificarse con ella. Por eso hemos de meditar la historia de Cristo, desde su nacimiento en un pesebre, hasta su muerte y su resurrección. En los primeros años de mi labor sacerdotal, solía regalar ejemplares del Evangelio o libros donde se narraba la vida de Jesús. Porque hace falta que la conozcamos bien, que la tengamos toda entera en la cabeza y en el corazón, de modo que, en cualquier momento, sin necesidad de ningún libro, cerrando los ojos, podamos contemplarla como en una película; de forma que, en las diversas situaciones de nuestra conducta, acudan a la memoria las palabras y los hechos del Señor.

Así nos sentiremos metidos en su vida. Porque no se trata sólo de pensar en Jesús, de representarnos aquellas escenas. Hemos de meternos de lleno en ellas, ser actores. Seguir a Cristo tan de cerca como Santa María, su Madre, como los primeros doce, como las santas mujeres, como aquellas muchedumbres que se agolpaban a su alrededor. Si obramos así, si no ponemos obstáculos, las palabras de Cristo entrarán hasta en los pliegues del alma y del espíritu, hasta el fondo del alma y nos transformarán»³³.

Es una forma de ósmosis espiritual, que tiende a la plena identificación con Cristo: «Seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con El, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con El nos identifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo»³⁴. Se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarlo, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo»³⁵.

La identificación con Cristo es concebida por Escrivá como el todo de la vida cristiana, englobando todos sus aspectos y exigencias esenciales con todas sus implicaciones; ser plenamente ipse Christus significa «encarnar

33. *Ibidem*, n. 107.

34. Cfr. Rom XIII, 14.

35. *Amigos de Dios*, n. 299. Subrayado nuestro.

plenamente la fe»³⁶ y dar impulso a la esperanza: «trata a la Humanidad Santísima de Jesús... Y El pondrá en tu alma un hambre insaciable, un deseo 'disparatado' de contemplar su Faz. En esa ansia —que no es posible aplacar en la tierra— hallarás muchas veces tu consuelo»³⁷. Ser *ipse Christus* comporta «beber del manantial de sus mandatos»³⁸ con espíritu de amor: «En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. (...) Participaremos en la dicha de la divina amistad —en un recogimiento interior, compatible con nuestros deberes profesionales y con los de ciudadano—, y le agradeceremos la delicadeza y la claridad con que El nos enseña a cumplir la Voluntad del Padre Nuestro que habita en los cielos»³⁹. La identificación con Cristo no es, sin embargo, un esfuerzo de asimilación psicológica subjetiva: se fundamenta en la vida y en el desarrollo de la gracia y exige que empapemos «nuestra vida con la realidad sacramental —la Eucaristía— que El nos ha dejado por alimento»⁴⁰.

Hemos ya visto cómo Escrivá hace brotar el apostolado de la identificación con Cristo⁴¹. He aquí, más explícitamente su pensamiento: «Cada uno de nosotros ha de ser *ipse Christus*. El es el único mediador entre Dios y los hombres⁴²; y nosotros nos unimos a El para ofrecer, con El, todas las cosas al Padre. Nuestra vocación de hijos de Dios, en medio del mundo, nos exige que no busquemos solamente nuestra santidad personal, sino que vayamos por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor; que tomemos parte como ciudadanos corrientes en todas las actividades temporales, para ser levadura⁴³ que ha de informar la masa entera»⁴⁴.

No es una espiritualidad de élite: se alimenta en las prácticas de piedad más tradicionales y populares de la Iglesia, como el *Via Crucis*, siempre que la Pasión de Cristo no sea solamente leída, sino vivida⁴⁵. El libro homónimo es un modelo de este programa: los episodios de la Pasión están presentados con profunda incisividad y cercanía, sin rodeos, contemplados, meditados y vividos, de tal modo que las aplicaciones prácticas va-

36. *Conversaciones*, n. 58.

37. *Via Crucis*, VI Estación, n. 2.

38. *Amigos de Dios*, n. 128.

39. *Ibidem*, n. 300.

40. *Es Cristo que pasa*, n. 32.

41. *Amigos de Dios*, n. 299.

42. Cfr. 1 Tim II, 5.

43. Cfr. Mt XIII, 33.

44. Cfr. 1 Cor V, 6. El texto es de *Es Cristo que pasa*, n. 120.

45. Cfr. *Via Crucis*, VII estación, n. 3.

yan directamente al objetivo: «Cuando luchamos por ser verdaderamente ipse Christus, el mismo Cristo, entonces en la propia vida se entrelaza lo humano con lo divino. Todos nuestros esfuerzos —aún los más insignificantes— adquieren un alcance eterno, porque van unidos al sacrificio de Jesús en la Cruz»⁴⁶.

La finalidad del libro *Santo Rosario* está iluminada por la siguiente reflexión: «Fijaos en una de las devociones más arraigadas entre los cristianos, en el rezo del Santo Rosario. La Iglesia nos anima a la contemplación de los misterios: para que se grabe en nuestra cabeza y en nuestra imaginación, con el gozo, el dolor y la gloria de Santa María, el ejemplo pasmoso del Señor, en sus treinta años de oscuridad, en sus tres años de predicación, en su Pasión afrentosa y en su gloriosa Resurrección»⁴⁷.

b) La divinización del cristiano

El tema de la identificación con Cristo está íntimamente unido al de la divinización del cristiano a partir del Bautismo: «Sentid (...) la urgencia divina de ser cada uno otro Cristo, ipse Christus, el mismo Cristo; en pocas palabras, la urgencia de que nuestra conducta discurra coherente con las normas de la fe»⁴⁸. «Es necesario ir adelante hacia la meta que San Pablo señalaba: 'no soy yo el que vivo sino que Cristo vive en mí'⁴⁹. La ambición es alta y nobilísima: la identificación con Cristo, la santidad. Pero no hay otro camino, si se desea ser coherente con la vida divina que, por el Bautismo, Dios ha hecho nacer en nuestras almas»⁵⁰.

De hecho: «Cristo vive en el cristiano. La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está endiosado. Somos hombres y mujeres, no ángeles. Seres de carne y hueso, con corazón y con pasiones, con tristezas y con alegrías. Pero la divinización redundante en todo el hombre como un anticipo de la resurrección gloriosa. Cristo ha resucitado de entre los muertos y ha venido a ser como las primicias de los difuntos: porque así como por un hombre vino la muerte, por un hombre debe venir la resurrección de los muertos. Que así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados»⁵¹. La vida de Cristo es vida nuestra, según lo que prometiera a sus Apóstoles, el día de

46. *Ibidem*, X estación, n. 5.

47. *Amigos de Dios*, n. 299.

48. *Amigos de Dios*, n. 6.

49. Gal II, 20.

50. *Es Cristo que pasa*, n. 58.

51. 1 Cor XV, 20-21.

la Última Cena: 'Cualquiera que me ama, observará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él'⁵². El cristiano debe —por tanto— vivir según la vida de Cristo, haciendo suyos los sentimientos de Cristo, de manera que pueda exclamar con San Pablo, **non vivo ego, vivit vero in me Christus**⁵³, no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí⁵⁴. Y siendo Cristo Hijo de Dios, imitándole «alcanzamos la maravillosa posibilidad de participar en esa corriente de amor, que es el misterio del Dios Uno y Trino»⁵⁵.

La divinización del hombre es «una realidad sobrenatural»⁵⁶; la posibilidad de vivir la vida misma de Dios⁵⁷, haciendo del bautizado un verdadero hijo de Dios⁵⁸.

c) *La filiación divina del cristiano y el camino de infancia espiritual*

El tema de nuestra filiación divina es sabiamente orquestado por Josesmaría Escrivá con aquel otro, profundamente evangélico, de la infancia espiritual, como riqueza anterior y comportamiento existencial. El no siente la necesidad de referirse a Santa Teresa del Niño Jesús, que en lo que me consta no encuentro citada con tal motivo, aunque haya leído la *Historia de un alma*⁵⁹.

Camino demuestra la incidencia y la frecuencia de estos dos temas; a la infancia espiritual —que el autor traduce como «ser niños» delante de Dios y con Dios— están dedicados dos capítulos completos⁶⁰; de la filiación divina habla en los nn. 93, 265, 274, 435, 669, 692, 746, 779, 919, 948 y vuelve a encontrarse, conectada con la infancia espiritual, en los nn. 860, 864, 867, 870, 881, 884, 887, 890. Una enumeración análoga se podría señalar para *Surco* y *Forja*.

Aunque, en esos temas, no falten definiciones y consideraciones generales, los pensamientos son ágiles y concretos, directamente orientados a

52. Ioh XIV, 23.

53. Gal II, 20.

54. *Es Cristo que pasa*, n. 103.

55. *Amigos de Dios*, n. 252.

56. Cfr. *Ibidem*, n. 108.

57. El texto clásico de la II Pt I, 4 se encuentra citado en *Via Crucis*, VI estación, n. 3.

58. Cfr. I Ioh III, 1.

59. Cfr. el texto de Alvaro del Portillo citado al inicio del artículo, p. 28.

60. nn. 852-874 y nn. 875-901; cfr. también nn. 55, 557, 697.

las aplicaciones prácticas. El autor declara explícitamente que «la filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei»⁶¹, y al mismo tiempo afirma que pertenece a su propia experiencia espiritual: «Por motivos que no son del caso —pero que bien conoce Jesús (...)—, la vida mía me ha conducido a saberme especialmente hijo de Dios (...) A lo largo de los años, he procurado apoyarme sin desmayos en esta gozosa realidad»⁶². «He aprendido, durante mis años de servicio al Señor, a ser hijo pequeño de Dios»⁶³. Hablando de la filiación divina y de la infancia espiritual tiene predilección por el término evangélico «niño»: «¡Qué seáis muy niños! Y cuanto más, mejor. Os lo dice la experiencia de este sacerdote, que se ha tenido que levantar muchas veces a lo largo de estos treinta y seis años⁶⁴, que lleva tratando de cumplir una Voluntad precisa de Dios. Una cosa me ha ayudado siempre: que sigo siendo niño, y me meto continuamente en el regazo de mi Madre y en el Corazón de Cristo, mi Señor»⁶⁵.

La filiación divina es un «auténtico programa de vida interior», hace brotar y vivir todas las virtudes que constituyen la estructura esencial del alma cristiana; hace «fuerte en la fe»⁶⁶, «colma de esperanza (...) y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños»⁶⁷; alimenta el amor: «Llámale Padre muchas veces al día, y dile —a solas, en tu corazón— que le quieres, que le adoras: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo»⁶⁸. De la certeza de saberse hijos de Dios⁶⁹, de ésta que es la raíz divina de nuestra vida⁷⁰ nace la verdadera devoción: «una actitud profunda del alma, que acaba por informar la existencia entera: está presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos»⁷¹.

El camino de infancia espiritual no es una prosa romántica sino el fruto de la docilidad y del abandono en el Espíritu Santo⁷². Para evitar todo equívoco, Mons. Escrivá afirma con insistencia que la infancia espiri-

61. *Es Cristo que pasa*, n. 64.

62. *Amigos de Dios*, n. 143.

63. *Ibidem*, n. 146.

64. Se refiere a los años transcurridos entre 1928, inicio del Opus Dei, y 1964, año en el que escribe este texto.

65. *Amigos de Dios*, n. 147.

66. Cfr. I Pt V, 9; en *Amigos de Dios*, n. 148.

67. *Es Cristo que pasa*, n. 65.

68. *Amigos de Dios*, n. 150.

69. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 10.

70. Cfr. *ibidem*, n. 60.

71. *Amigos de Dios*, n. 146.

72. Cfr. *Camino*, nn. 852, 871.



tual no es jugueteo devoto⁷³, al contrario es vigor intelectual «sin miedos ni dobleces»⁷⁴. «Piadosos, pues, como niños: pero no ignorantes, porque cada uno ha de esforzarse en la medida de sus posibilidades, en el estudio serio, científico, de la fe; y todo esto es la teología. Piedad de niños, por tanto, y doctrina segura de teólogos»⁷⁵. Y es también vigor de la voluntad: «Frecuentemente he meditado esa vida de infancia espiritual, que no está reñida con la fortaleza, porque exige una voluntad recia, una madurez templada, un carácter firme y abierto»⁷⁶.

El drama de la vida interior es la fragilidad humana y el sufrimiento que agrietan la serenidad y la confianza. La infancia espiritual lo resuelve: «En la vida interior, nos conviene a todos ser quasi modo geniti infantes, como esos pequeñines, que parecen de goma, que disfrutan hasta con sus trastazos porque enseguida se ponen de pie y continúan sus correteos; y porque tampoco les falta —cuando resulta preciso— el consuelo de sus padres. Si procuramos portarnos como ellos, los trompicones y fracasos —por lo demás inevitables— en la vida interior no desembocarán nunca en amargura. Reaccionaremos con dolor pero sin desánimo, y con una sonrisa que brota, como agua limpia, de la alegría de nuestra condición de hijos de ese Amor, de esa grandeza, de esa sabiduría infinita, de esa misericordia, que es nuestro Padre»⁷⁷. «¿Y hay mayor alegría que la del que, sabiéndose pobre y débil, se sabe también hijo de Dios?»⁷⁸. «Un hijo de Dios no tiene ni miedo a la vida, ni miedo a la muerte, porque el fundamento de su vida espiritual la es el sentido de la filiación divina: Dios es mi Padre, piensa, y es el Autor de todo bien, es toda la Bondad. —Pero, ¿tú y yo actuamos, de verdad, como hijos de Dios?»⁷⁹. «La conciencia de la magnitud de la dignidad humana —de modo eminente, inefable, al ser constituidos por la gracia en hijos de Dios— junto con la humildad, forma en el cristiano una sola cosa, ya que no son nuestras fuerzas las que nos salvan y nos dan la vida, sino el favor divino. Es ésta una verdad que no puede olvidarse nunca, porque entonces el endiosamiento se pervertiría y se convertiría en presunción, en soberbia y, más pronto o más tarde, en derrumbamiento espiritual ante la experiencia de la propia flaqueza y miseria»⁸⁰.

73. «Nunca niñerías y puerilidades» (Camino, n. 854); «Ser niño no es ser afeminado» (Ibidem, n. 888).

74. Surco, n. 145.

75. Es Cristo que pasa, n. 10.

76. Ibidem.

77. Amigos de Dios, n. 146.

78. Ibidem, n. 108.

79. Forja, n. 987.

80. Es Cristo que pasa, n. 133.



Cuando Dios envía el sufrimiento «*constituirá una señal cierta de mi filiación, porque me trata como a su Divino Hijo. Y, entonces, como El, podré gemir y llorar a solas en mi Getsemaní, pero, postrado en tierra, reconociendo mi nada, subirá hasta el Señor un grito salido de lo íntimo de mi alma: Pater mi, Abba, Pater,...fiat!*»⁸¹.

La filiación divina, por otra parte, da el más amplio aliento al apóstolado. Cristo ha venido al mundo para que, redimidos del pecado, —*fuéramos constituidos hijos de Dios (...), hechos capaces de participar en la intimidad divina de la Trinidad. Y así se ha hecho posible a este hombre nuevo, a este nuevo injerto de los hijos de Dios*⁸², liberar a la creación entera del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo»⁸³.

En el comportamiento de un buen hijo de Dios «*se alcanza también —sin que se sepa cómo, ni por qué camino— ese endiosamiento maravilloso, que nos ayuda a enfocar los acontecimientos con el relieve sobrenatural de la fe; se ama a todos los hombres como nuestro Padre del Cielo los ama y —esto es lo que más cuenta— se obtiene un brío nuevo en nuestro esfuerzo cotidiano por acercarnos al Señor*»⁸⁴.

Este vibrante pasaje nos permite dar el justo relieve a algunas afirmaciones de Mons. Escrivá, que, hablando de la divinización del hombre, no lo desencarna y no olvida las virtudes humanas; las afirma, más bien, con insospechado vigor: «*Para ser divinos, para endiosarnos, hemos de empezar siendo muy humanos, viviendo cara a Dios nuestra condición de hombres corrientes, santificando esa aparente pequeñez. Así vivió María. La llena de gracia, la que es objeto de las complacencias de Dios, la que está por encima de los ángeles y de los santos llevó una existencia normal. María es una criatura como nosotros, con un corazón como el nuestro, capaz de gozos y de alegrías, de sufrimientos y de lágrimas*»⁸⁵.

«*Pero fijaos en que Dios no nos declara: en lugar del corazón, os dará una voluntad de puro espíritu. No: nos da un corazón, y un corazón de carne, como el de Cristo. Yo no cuento con un corazón para amar a Dios, y con otro para amar a las personas de la tierra. Con el mismo corazón con el que he querido a mis padres y quiero a mis amigos, con ese mismo corazón amo yo a Cristo, y al Padre, y el Espíritu Santo y a Santa María. No me cansaré*

81. *Via Crucis*, I, n. 1.

82. Cfr. Rom VI, 4-5.

83. Cfr. Ef I, 5-10; *Es Cristo que pasa*, n. 65.

84. *Amigos de Dios*, n. 146.

85. *Es Cristo que pasa*, n. 172.

de repetirlo: tenemos que ser muy humanos; porque, de otro modo, tampoco podremos ser divinos»⁸⁶. «Si nuestra vida es deshumana, Dios no edificará nada en ella»⁸⁷.

d) *La santidad de la vida cotidiana*

En una homilía de 1957 el Fundador del Opus Dei afirma: «Desde hace casi treinta años ha puesto Dios en mi corazón el ansia de hacer comprender a personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio, esta doctrina: que la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, que el Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección cristiana»⁸⁸.

La formulación de la espiritualidad laical es uno de los puntos fundamentales y originales de la doctrina de Mons. Escrivá, que está «en el corazón mismo de la espiritualidad del Opus Dei»⁸⁹.

En apariencia las palabras «personas de todo estado, condición y oficio» hacen pensar en la enseñanza de San Francisco de Sales, pero, como hacía notar el Cardenal Albino Luciani, el santo obispo de Ginebra parece enseñar sólo una espiritualidad «para laicos», mientras que Escrivá quiere una «espiritualidad laical». Francisco sugiere casi siempre a los laicos los mismos medios practicados por los religiosos con adaptaciones oportunas, Escrivá es más radical: habla de «materializar», en sentido bueno, la santificación. Para él es el mismo trabajo material el que debe ser transformado en oración⁹⁰. A propósito del «materializar la vida espiritual» el mismo Escrivá se explica así: «Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber materializar la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una

86. *Ibidem*, n. 166.

87. *Ibidem*, n. 182.

88. *Ibidem*, n. 148.

89. *Conversaciones*, n. 116.

90. Cfr. *Cercando Dio nel lavoro quotidiano*, en «Il Gazzettino», Venecia, 25 de julio de 1978: ¡un mes antes de su elevación al Pontificado!



única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales.

No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo deciros que necesita nuestra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares— su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo.

El auténtico sentido cristiano —que profesa la resurrección de toda carne— se enfrentó siempre, como es lógico, con la desencarnación, sin temor a ser juzgado de materialismo. Es lícito, por tanto, hablar de un materialismo cristiano, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu»⁹¹.

Con este motivo habla de «doctrina de la Sagrada Escritura»⁹²: *«leyendo y releendo la Sagrada Escritura y meditándola asiduamente en la oración»* podemos *«adentrarnos en el sentido divino de la existencia terrena»*. Es necesario *«leer el Santo Evangelio, meditar aquellas escenas que el Nuevo Testamento nos relata, con el fin de penetrar en el sentido divino del andar terreno de Jesús»*⁹³.

En una meditación sobre la Navidad escribe: *«La voluntad divina se cumple en medio de las circunstancias más normales y ordinarias: una mujer que da a luz, una familia, una casa. La Omnipotencia divina, el esplendor de Dios, pasan a través de lo humano, se unen a lo humano. Desde entonces los cristianos sabemos que, con la gracia del Señor, podemos y debemos santificar todas las realidades limpias de nuestra vida. No hay situación terrena, por pequeña y corriente que parezca, que no pueda ser ocasión de un encuentro con Cristo y etapa de nuestro caminar hacia el Reino de los cielos»*⁹⁴.

La vida oculta de Jesús en Nazaret atrae particularmente su atención, y retorna a ella con frecuencia y siempre con nuevas variaciones y aplicaciones: *«Toda la vida del Señor me enamora. Tengo, además una debilidad particular por sus treinta años de existencia oculta en Belén, en Egipto y en Nazaret. Ese tiempo —largo—, del que apenas se habla en el Evangelio, aparece*

91. *Conversaciones*, nn. 114-115.

92. *Ibidem*, n. 116.

93. *Es Cristo que pasa*, n. 14.

94. *Es Cristo que pasa*, n. 22.

desprovisto de significado propio a los ojos de quien lo considera con superficialidad. Y, sin embargo, siempre he sostenido que ese silencio sobre la biografía del Maestro es bien elocuente, y encierra lecciones de maravilla para los cristianos. Fueron años intensos de trabajo y de oración, en los que Jesucristo llevó una vida corriente —como la nuestra, si queremos—, divina y humana a la vez; en aquel sencillo e ignorado taller de artesano, como después ante la muchedumbre todo lo cumplió a la perfección»⁹⁵. «Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino»⁹⁶.

En los años de la vida pública de Jesús se refleja su experiencia humana de Nazaret: «Habla del trabajo, se preocupa de que sus discípulos descansen»⁹⁷; va al encuentro de todos y no rehúye la conversación con nadie; dice expresamente, a los que le seguían, que no impidan que los niños se acerquen a El»⁹⁸. Evocando, quizá, los tiempos de su infancia pone la comparación de los pequeños que juegan en la plaza pública»⁹⁹ ¿No es todo esto normal, natural, sencillo? ¿No puede vivirse en la vida ordinaria?»¹⁰⁰.

Debe hacerse notar la enorme distancia que existe entre el modo con el cual Josemaría Escrivá habla de la Humanidad «normal» de Cristo y el que encontramos hoy en muchos libros y en los labios de muchos predicadores, para los cuales la Humanidad de Cristo comporta que haya vivido todas nuestras debilidades, perplejidades e incluso equivocaciones. Este es un Cristo descendido a nuestro nivel para quedar escondido, incluso desfigurado, y sin que de esa manera logre elevarnos.

La segura doctrina teológica y la luminosa fe de Escrivá, en cambio lo mantienen al nivel del más puro Evangelio y en las profundidades de su misterio. Hablando de la vida pública de Cristo, no omite resaltar el asombro de la muchedumbre, que se maravilla de la doctrina nueva y del poder de Cristo al que ha conocido como «el carpintero, el hijo de María»¹⁰¹: «Y era Dios, y estaba realizando la Redención del género humano»¹⁰². Reivindica, por tanto, justamente la fuente evangélica para su espiritualidad específica: «Al comportarnos con normalidad —como nuestros

95. *Amigos de Dios*, n. 56; subrayado nuestro.

96. *Es Cristo que pasa*, n. 14.

97. Cfr. Mc VI, 31.

98. Cfr. Lc XVIII, 16.

99. Cfr. Lc VII, 32.

100. *Amigos de Dios*, n. 89.

101. Mc VI, 31.

102. *Es Cristo que pasa*, n. 14.

iguales— y con sentido sobrenatural, no hacemos más que seguir el ejemplo de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. Fijaos en que toda su vida está llena de naturalidad. Pasa seis lustros oculto, sin llamar la atención, como un trabajador más, y le conocen en su aldea como el hijo del carpintero. A lo largo de su vida pública, tampoco se advierte nada que desentone, por raro o por excéntrico. Se rodeaba de amigos, como cualquiera de sus conciudadanos, y en su porte no se diferenciaba de ellos. Tanto, que Judas, para señalarlo, necesita concertar un signo: aquel a quien yo besare, ése es¹⁰³. No había en Jesús ningún indicio extravagante. A mí, me emociona esta norma de conducta de nuestro Maestro, que pasa como uno más entre los hombres. Juan el Bautista —siguiendo una llamada especial¹⁰⁴— vestía con piel de camello y se alimentaba de langostas y miel silvestre. El Salvador usaba una túnica de una sola pieza, comía y bebía igual que los demás, se llenaba de alegría con la felicidad ajena, se conmovía ante el dolor del prójimo, no rechazaba el descanso que le ofrecían sus amistades»¹⁰⁵.

Con un retorno imprevisto a su doctrina predilecta del cristiano como ipse Christus escribe: «Hemos recorrido algunas páginas de los santos Evangelios para contemplar a Jesús en su trato con los hombres y aprender a llevar a Cristo hasta nuestros hermanos, siendo nosotros mismos Cristo»¹⁰⁶.

Mons. Escrivá dirige la mirada de manera preferente a Cristo para fundamentar su enseñanza; obviamente tiene también buena relación con los otros personajes del Evangelio. Ya le hemos oído hablar, cuando tratábamos de su método de lectura evangélica, de la normalidad elocuente de la vida de San José; a propósito de la Virgen no podemos dejar de transcribir una página maravillosa, que por su originalidad e intensidad, creo que difícilmente tendrá un paralelo en la inmensa literatura mariana: «No olvidemos que la casi totalidad de los días que Nuestra Señora pasó en la tierra transcurrieron de una manera muy parecida a las jornadas de otros millones de mujeres, ocupadas en cuidar de su familia, en educar a sus hijos, en sacar adelante las tareas del hogar. María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco¹⁰⁷ o de amistad¹⁰⁸. ¡Bendita normalidad,

103. Mt XXVI, 48.

104. Nótese la delicadeza con la cual el Bautista es comparado, no opuesto, a Cristo.

105. *Amigos de Dios*, n. 121; cfr. *Es Cristo que pasa*, nn. 108-109.

106. *Es Cristo que pasa*, n. 110.

107. La visitación a Santa Isabel.

108. Las bodas de Caná.



que puede estar llena de tanto amor de Dios! Porque eso es lo que explica la vida de María: su amor. Un amor llevado hasta el extremo, hasta el olvido completo de sí misma, contenta de estar allí, donde la quiere Dios, y cumpliendo con esmero la voluntad divina. Eso es lo que hace que el más pequeño gesto suyo, no sea nunca banal, sino que se manifieste lleno de contenido. María, Nuestra Madre, es para nosotros ejemplo y camino»¹⁰⁹.

e) Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas

En un manuscrito conservado en el archivo del Opus Dei y citado por varios biógrafos¹¹⁰, el Fundador del Opus Dei habla de una iluminación divina, recibida el 7 de agosto de 1931 durante la Santa Misa, en el momento de la Consagración: «En el momento de alzar la Sagrada Hostia, (...) vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinaria, aquello de la Escritura: **Et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum** (Ioann XII, 32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el **ne timeas!**, soy Yo. Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas... Querría escribir unos libros de fuego, que corrieran por el mundo como llama viva, prendiendo su luz y su calor en los hombres, convirtiendo los pobres corazones en brasas, para ofrecerlos a Jesús como rubíes de su corona de Rey...»

Este pensamiento se encuentra también en los escritos publicados, sin referencia a aquella imprevista e inesperada iluminación: «Jesucristo recuerda a todos: **et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum**¹¹¹, si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, **omnia traham ad meipsum**, todo lo atraré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»¹¹². Un pensamiento complementario es el expresado en el *Via Crucis*: «Jesús quiere ser levantado en alto, ahí: en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde

109. *Es Cristo que pasa*, n. 148.

110. Cfr. por ejemplo, F. GONDRAND, *Al paso de Dios*, Madrid 1985, 4ª ed., pp. 70-71.

111. Ioh XII, 32.

112. *Es Cristo que pasa*, n. 183.



*un cristiano gaste su vida honradamente, debe poner con su amor la Cruz de Cristo, que atrae a Sí todas las cosas»*¹¹³.

f) *La santificación del trabajo*

En muchos pasajes entre los hasta ahora mencionados ha aparecido ya con claridad el relieve específico que Mons. Escrivá, entre las ocupaciones ordinarias y comunes en las cuales el cristiano realiza su vocación, da a cualquier trabajo, oficio o profesión. En este sentido su doctrina es sintéticamente expresada como «santificación del trabajo», que el entonces cardenal Karol Wojtyła definió «expresión muy feliz»¹¹⁴. Más expresivamente, en un texto de 1954, el Fundador del Opus Dei dice: «*Es preciso santificar la profesión, santificarse en la profesión y santificar con la profesión*»¹¹⁵. Expresiones paralelas se encuentran en los escritos publicados: «*santificar el trabajo*»¹¹⁶; «*quienes quieren vivir con perfección su fe y practicar el apostolado según el espíritu del Opus Dei, deben santificarse con la profesión, santificar la profesión y santificar a los demás con la profesión*»¹¹⁷.

Josemaría Escrivá era perfectamente consciente del carácter nuevo y revolucionario de su ideal espiritual, y precisamente por este motivo habla de «*doctrina de la Sagrada Escritura, que se encuentra (...) en el núcleo mismo*

113. XI estación, n. 3.

114. KAROL WOJTYLA, *La fede della Chiesa*, Milano 1979, p. 76.

115. Texto de 31.V.1954, en J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, Madrid 1981, 9ª ed., p. 95. En las páginas 44-59, el autor demuestra la originalidad de la concepción de Josemaría Escrivá con un excursus sobre la historia de la espiritualidad a lo largo de los siglos, cuya conclusión es: «clara manifestación de esa incapacidad práctica para captar los valores seculares es el hecho de que cuando, en la teología espiritual de esos siglos se habla del trabajo como actividad humana, se alude a actividades de tipo eclesiástico, y no a las tareas que realizan los hombres que viven en medio del mundo. Mejor dicho, se habla de ambas, pero de las primeras —las actividades eclesiásticas—, para mostrar su entronque con lo sobrenatural; de las segundas —las ocupaciones seculares—, para decir, en cambio, que pueden dificultar la búsqueda de la santidad» (*ibidem*, p. 59). En otros términos, la que el Fundador propone como esencial en su mensaje y en su obra es «una espiritualidad laical», justamente considerada «revolucionaria» como afirma por ejemplo el cardenal S. Baggio, en su artículo *Opus Dei: una svolta nella spiritualità*, en «*Avvenire*», 26 de julio de 1975. Juan Pablo II dice que en esto Escrivá «ha anticipado aquella teología del laicado, que caracterizó después la Iglesia del Concilio y del postconcilio» (Homilía a un grupo de miembros del Opus Dei el 19 de agosto de 1979, en *L'Osservatore Romano*, 20-21 de agosto de 1979).

116. *Es Cristo que pasa*, n. 46.

117. *Conversaciones*, n. 70.

del espíritu del Opus Dei»¹¹⁸, «viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo»¹¹⁹.

Cuando comenzó a enseñarla esta doctrina fue juzgada aberrante y utópica, pero él fue tenaz, firmemente persuadido de que la idea no era suya: «Cuando en 1928 vi lo que el Señor quería de mí, inmediatamente comencé la labor. En aquellos años —¡gracias, Dios mío, porque hubo mucho que sufrir y mucho que amar!—, me tomaron por loco; otros, en un alarde de comprensión, me llamaban soñador, pero soñador de sueños imposibles. A pesar de los pesares y de mi propia miseria, continué sin desanimarme; como aquello no era mío, se fue abriendo camino en medio de las dificultades, y hoy es una realidad extendida por la tierra entera, de polo a polo, que parece tan natural a la mayoría porque el Señor se ha encargado de que se reconociera como cosa suya»¹²⁰. Y también: «Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo. Obedecer a la voluntad de Dios es siempre, por tanto, salir de nuestro egoísmo; pero no tiene por qué reducirse principalmente a alejarse de las circunstancias ordinarias de la vida de los hombres, iguales a nosotros por su estado, por su profesión, por su situación en la sociedad. Sueño —y el sueño se ha hecho realidad— con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su vida de ciudadanos corrientes, compartiendo afanes, ilusiones y esfuerzos con las demás criaturas. Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado de vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo no son ajenas a sus designios divinos, sino que El las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre»¹²¹.

Mons. Escrivá encuentra su doctrina en la Sagrada Escritura desde la primera página: «Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno»¹²². Insiste sobre todo en Gn II, 15, donde se dice que el Creador puso a Adán en el

118. *Ibidem*, n. 116.

119. *Ibidem*, n. 24.

120. *Amigos de Dios*, n. 59; cfr. *Conversaciones*, n. 70.

121. *Es Cristo que pasa*, n. 20. Subrayado nuestro.

122. Cfr. Gn I, 7ss.; *Conversaciones*, n. 114.

jardín del Edén para que lo cultivase y lo custodiase: «esta obligación no ha surgido como una secuela del pecado original, ni se reduce a un hallazgo de los tiempos modernos. Se trata de un medio necesario que Dios nos confía aquí en la tierra, dilatando nuestros días y haciéndonos partícipes de su poder creador, para que nos ganemos el sustento y simultáneamente recojamos 'frutos para la vida eterna'¹²³: 'el hombre nace para trabajar, como las aves para volar'¹²⁴».

El ejemplo de Jesús es fundamental; nos limitaremos al texto más explícitamente puesto en relación con la doctrina de Escrivá: «Nuestro Señor, perfecto hombre, eligió una labor manual, que realizó delicada y entrañablemente durante la casi totalidad de los años que permaneció en la tierra. Ejercitó su ocupación de artesano entre los otros habitantes de su aldea, y aquel que hacer humano y divino nos ha demostrado claramente que la actividad ordinaria no es un detalle de poca importancia, sino el quicio de nuestra santificación, ocasión continua para encontrarnos con Dios y alabarle y glorificarle con la operación de nuestra inteligencia o la de nuestras manos»¹²⁵.

A Jesús están unidos María y José en una oración con la que concluye una de las homilias: «Señor, concédenos tu gracia. Abrenos la puerta del taller de Nazaret, con el fin de que aprendamos a contemplarte a Ti, con tu Madre Santa María, y con el Santo Patriarca José —a quien tanto quiero y venero—, dedicados los tres a una vida de trabajo santo. Se removerán nuestros pobres corazones, te buscaremos y te encontraremos en la labor cotidiana, que Tú deseas que convirtamos en obra de Dios, obra de Amor»¹²⁶.

g) La libertad cristiana

Otro aspecto original, anticipador y «revolucionario» de la doctrina espiritual de Mons. Escrivá es su firme y ferviente afirmación de la libertad personal del cristiano. También en esto ha anticipado «con espíritu profético» el mensaje del Concilio Vaticano II, «incluso se podría casi decir superándolo en audacia»¹²⁷, sin caer por esto en los excesos y en los compromisos de algunos teólogos del postconcilio.

123. Ioh IV, 36.

124. Job V, 7; *Amigos de Dios*, n. 57; Gn II, 15 es citado también en *Conversaciones*, nn. 10, 24, 55.

125. *Amigos de Dios*, n. 81.

126. *Amigos de Dios*, n. 72.

127. C. FABRO, en *L'Osservatore Romano*, 2 de julio de 1977.



Algunos textos confirman la continuidad y la coherencia de su doctrina sobre la libertad ciudadana, la convivencia y la comprensión que el Opus Dei difunde¹²⁸ desde sus orígenes: «Soy muy amigo de la libertad (...) El espíritu del Opus Dei que he procurado practicar y enseñar desde hace más de 35 años, me ha hecho comprender y amar la libertad personal»¹²⁹. «Desde el principio de la Obra, y no sólo desde el Concilio, se ha procurado vivir un catolicismo abierto, que defiende la legítima libertad de las conciencias»¹³⁰.

Esta libertad es responsabilidad: «Llevo toda mi vida predicando la libertad personal, con personal responsabilidad. La he buscado y la busco, por toda la tierra (...). Y cada día la amo más, la amo sobre todas las cosas terrenas: es un tesoro que no apreciaremos nunca bastante»¹³¹. La «santa independencia» y la «responsabilidad personal» son «características propias de una conciencia cristiana»¹³². «La única libertad que salva al hombre es la libertad cristiana», la que Cristo nos ha conseguido con su Redención¹³³. Esta libertad brota de nuestra filiación divina: «El Todopoderoso (...) no desea siervos forzados, prefiere hijos libres»¹³⁴.

El concepto de libertad de Mons. Escrivá coincide con el expresado por el Magisterio eclesiástico y así lo pone de manifiesto en diversos pasajes de sus obras, especialmente en *Conversaciones*. Una homilía de 1956 tiene por título *La libertad, don de Dios*¹³⁵, pero a nosotros aquí nos interesa la referencia evangélica: «En todos los misterios de nuestra fe católica aletea ese canto a la libertad. La Trinidad Beatísima saca de la nada el mundo y el hombre, en un libre derroche de amor. El Verbo baja del Cielo y toma nuestra carne con este sello estupendo de la libertad en el sometimiento: 'heme aquí que vengo, según está escrito de mí en el principio del libro, para cumplir, ¡oh Dios!, tu voluntad'¹³⁶. Cuando llega la hora marcada por Dios para salvar a la humanidad de la esclavitud del pecado, contemplamos a Jesucristo

128. Cfr. *Conversaciones*, n. 118.

129. *Es Cristo que pasa*, n. 17, el texto es de 1963; cfr. *Conversaciones*, nn. 30, 34.

130. *Conversaciones*, n. 29.

131. *Es Cristo que pasa*, n. 184.

132. *Es Cristo que pasa*, n. 49.

133. *Amigos de Dios*, n. 35 con cita de Gal IV, 31 según la Vulgata y Ioh VIII, 36; cfr. *ibidem*, n. 38.

134. *Amigos de Dios*, n. 34, con citas de San Agustín y de Santo Tomás; cfr. *ibidem*, n. 27.

135. *Amigos de Dios*, nn. 23-38.

136. Hebr X, 7.

en Getsemaní, sufriendo dolorosamente hasta derramar un sudor de sangre¹³⁷, que acepta espontánea y rendidamente el sacrificio que el Padre le reclama: 'como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores'¹³⁸. Ya lo había anunciado a los suyos, en una de esas conversaciones en las que volcaba su Corazón, con el fin de que los que le aman conozcan que El es el Camino —no hay otro— para acercarse al Padre: 'por eso mi Padre me ama, porque doy mi vida para tomarla otra vez. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad, y yo soy dueño de darla y dueño de recobrarla'¹³⁹.

Por decirlo brevemente, la libertad cristiana no es sinónimo de autonomía a rienda suelta, sino la condición ideal para servir a Dios. «Nunca podremos acabar de entender esa libertad de Jesucristo, inmensa —infinita— como su amor. Pero el tesoro preciosísimo de su generoso holocausto nos debe mover a pensar: ¿por qué me has dejado, Señor, este privilegio, con el que soy capaz de seguir tus pasos, pero también de ofenderte? Llegamos así a calibrar el recto uso de la libertad si se dispone hacia el bien; y su equivocada orientación, cuando con esa facultad el hombre se olvida, se aparta del Amor de los amores. La libertad personal —que defiendo y defenderé siempre con todas mis fuerzas— me lleva a demandar con convencida seguridad, consciente también de mi propia flaqueza: ¿qué esperas de mí, Señor, para que yo voluntariamente lo cumpla?»¹⁴⁰.

Más allá de la contribución específica y originalísima de Josemaría Escrivá a la espiritualidad cristiana, y más allá también de las aportaciones realmente innovadoras que surgirán al profundizar teológicamente su pensamiento, el rasgo esencial de su perfil espiritual es propiamente éste: un hombre apasionadamente inclinado a cumplir la voluntad de Dios.

4. Un carisma sobrenatural

La primera y más relevante conclusión a la que llega un estudioso leyendo los escritos de Josemaría Escrivá traspasa el campo estrechamente filológico y exegético, aunque este tipo de consideraciones pueden ayudar también a formularla, y es ésta: mantengo que no se puede dudar de la ve-

137. Cfr. Lc XXII, 44.

138. Is LIII, 7.

139. Ioh X, 17-18; *Amigos de Dios*, n. 25, me da particular alegría la atención prestada a este pasaje no suficientemente presente en la literatura espiritual.

140. *Amigos de Dios*, n. 26.

racidad de Josemaría Escrivá cuando habla del origen sobrenatural de su carisma específico, que comporta un mensaje espiritual y una Obra que lo difunde y lo vive. Una confirmación interna procede de la evidente y sorprendente ausencia de un verdadero desarrollo teórico progresivo en la economía de su pensamiento: todo aparece perfectamente dado y realizado desde los primerísimos textos. Los textos sucesivos no representan nunca una novedad, un enriquecimiento sustancial. Ciertamente estamos frente a una inspiración que le ha venido dada. Será interesante verificar y confirmar este punto con el estudio de los textos inéditos, de los más antiguos a los más recientes.

Del conjunto de sus obras se hace también evidente —como he tratado de mostrar con las citas oportunas— la perfecta sintonía del alma de Mons. Escrivá con su doctrina y su apostolado mundial. Esto confirma lo que declaran los testigos de su vida, comenzando por el más cualificado de todos, su sucesor, el cual afirma de él que «no ha enseñado nunca nada que antes no hubiese experimentado en su propia vida»¹⁴¹. El primer biógrafo de Escrivá ha escrito: «El Fundador del Opus Dei vivía lo que decía, hablaba de lo que vivía. A propósito de aspectos diversos de la vida cristiana, todos lo que le conocieron lo anotan»¹⁴². Eso significa que, puesto que su doctrina informa también sus acciones, las virtudes del hombre —de quien la Iglesia, por otra parte, no sólo ha afirmado la heroicidad y la venerabilidad, sino proclamado la santidad— adquieren su pleno y verdadero significado a la luz de su mensaje y de su apostolado.

Un acento muy particular debe ponerse sobre el hecho de que, con mucha mayor riqueza y precisión de cuanto se verifica respecto de otros santos, el Fundador del Opus Dei vive de la Palabra de Dios, literal y explícitamente inmerso en el manantial del Evangelio. Y literalmente su vida espiritual es «aroma de Cristo»¹⁴³. En otras palabras, él no se inserta en ninguna de tantas corrientes espirituales que insisten sobre este o aquel aspecto de la vida espiritual.

Su doctrina —y de manera consecuente su vida— exquisitamente evangélica y su mensaje difundido en los cinco continentes realizan, de un modo singularmente adecuado a las necesidades espirituales y a la mentali-

141. A. DEL PORTILLO, en *L'eredità di un fondatore*, en *L'Osservatore Romano*, 26 de junio de 1976.

142. S. BERNAL, *Mons. Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del fundador del Opus Dei*, Madrid 1980, 6ª ed., p. 90.

143. Cfr. II Cor II, 15.

dad de los tiempos nuevos en los que vivimos, el «evangelio eterno que debe ser anunciado a los habitantes de la tierra y a toda nación, raza, lengua y pueblo»¹⁴⁴.

El valor perenne, eterno del Evangelio es obra del Espíritu Santo, operante de manera manifiesta en la maravillosa aventura evangélica de Mons. Escrivá. De ese Espíritu de la verdad dijo Jesús a los suyos: «os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho»¹⁴⁵. Ese «recordar» expresa en el lenguaje de la Biblia la función propia del Espíritu Santo, que consiste en conducir a los discípulos de Cristo a la comprensión del significado profundo de sus palabras y de sus acciones¹⁴⁶. Según la promesa de Cristo el Espíritu Santo «os conducirá a la verdad completa»¹⁴⁷, a la plena comprensión de la verdad que se manifiesta plenamente en el Verbo encarnado: «Yo soy la Verdad»¹⁴⁸. Misión del Espíritu del Padre y de Cristo es también la de «anunciar las cosas futuras»¹⁴⁹, es decir situar a los discípulos de Jesús en condiciones de practicar el evangelio de la salvación a lo largo de toda la historia humana, en todas las épocas, por mucho que puedan éstas mostrarse imprevisibles y nuevas.

Esta ha sido, a mi entender, la misión de Josemaría Escrivá, cumplida por él no a base de despojar al Evangelio de lo que no es grato a los tiempos, sino observándolo y enseñando a los hombres «corrientes» —no existen «profesionales» de la santidad— a observarlo íntegramente conforme a la profundidad espiritual de la Palabra Eterna. Perfectamente consciente de su carisma y de su misión, la ha llevado a cabo no con la presunción y la arrogancia de los falsos profetas sino con la humildad y la docilidad de los verdaderos santos: *«Os abro mi alma, en la presencia de Dios, con la persuasión más absoluta de que no soy modelo de nada, de que soy un pingajo, un pobre instrumento —sordo e inepto— que el Señor ha utilizado para que se compruebe, con más evidencia, que El escribe perfectamente con la pata de una mesa. Por tanto, al hablaros de mí, no se me pasa por la cabeza, ¡ni de lejos!, el pensamiento de que en mi actuación haya un poco de mérito mío»*¹⁵⁰.

Salvatore Garofalo
 Profesor Ordinario de Sagrada Escritura
 Rector emérito de la P. U. Urbaniana
 ROMA

144. Cfr. Ap XIV, 6.

145. Ioh XIV, 26.

146. Cfr. *Ioann* II, 22; XII, 16.

147. Ioh XVI, 13.

148. Ioh XIV, 6.

149. Ioh XVI, 15.

150. *Amigos de Dios*, n. 117.

